

La paradoja temporal del pueblo masái

La tribu de guerreros afincados entre Tanzania y Kenia ha emprendido la más ardua de todas sus batallas: congelar el tiempo

J. Marcos / Tanzania

No les gusta dar a saber de su vida pero su figura les delata como hombres y mujeres que se toman a sí mismos lo suficientemente en serio como para no renunciar a un futuro absoluto. De perfil espigado y enigmático, de ingenio grave, sacro y maduro, rozan la perfección alegórica que les confiere el saberse distintos en tiempos uniformes, el sentirse únicos entre tantos iguales repetidos.

Los ojos recios y la mirada incisiva, de nariz ancha y de orejas dilatadas y cinceladas por una moda que es sólo la suya. Se presentan tocados por vistosos *shuka* de colores vivos y diseños geométricos, para los ojos del turista una tela anudada sin misterio alguno a la altura unos hombros, que desembocan en tersos y fuertes brazos.

Los masáis proyectan un extravagante *glamour* que alcanzan sólo con estar. Orgullosos y presumidos hasta el más mínimo detalle, recargan su cuerpo, orejas, cuello, muñecas y tobillos, amén de toda parte visible, con una extensa letanía de de impensables matices.

“Son una tribu nilótica emparentada con los kalenjin, que viven en el norte de Kenia, y los karamojonj, que habitan en el norte de Uganda. Se cree que, entre los siglos XVII y XVIII, empujados por la sequía, descendieron desde las orillas del lago Turkana para establecerse en la zona que habitan en la actualidad. A su paso fueron aniquilando o integrando a cuantas tribus encontraron”, escribe Javier Reverte en su libro de viajes *El sueño de África* (2003). El escritor y periodista completa su descripción unas líneas después: “Durante el siglo XIX, el mito sobre su bravura y ferocidad no cesó de crecer. (...) Las caravanas árabes de esclavos evitaban atravesar el país masái cuando, desde la costa, viajaban hacia los grandes lagos”.

Mujeres y hombres se presentan con la cabeza rapada. Son guerreros a tiempo completo. La lanza, el machete y el *rungu*, un híbrido entre bastón y maza fabricado con madera de acacia, son sus armas. Y las sandalias de cuero y neumático, su medio de transporte cuando no van descalzos. Hablan maa, aunque algunos conocen el swahili y, solo unos pocos, también el inglés. Viven en cabañas de barro (*manyattas*) distribuidas en círculo por las distintas aldeas (*kraal*), que se dispersan por un área a caballo entre la Tanzania septentrional y la Kenia meridional conocida como *masailand*, tierra de masáis.

Un pequeño masái irrumpe en la escena y detiene la descripción. Conduce a la carrera un hato de vacas con la soltura de quien lleva haciéndolo

toda la vida. Una estrecha vara de madera le sirve para corroborar quién manda. Es un área restringida para el circuito comercial y el experimentado pastor no presta ni la menor atención al visitante.

La secuencia se repite kilómetros más adelante, ahora, en una de las decenas de rutas pavimentadas por el Gobierno para el mayor acomodo de los turistas. Esta vez aparecen por sorpresa un grupo de cinco masáis. “¿Quieres fotos? Son diez dólares. ¿Quieres comprar un recuerdo? Es todo muy barato, compra algo”, asaltan en inglés. “El contacto con las culturas extranjeras nos ha influido de manera desigual”, aventura a modo de inicio la masái Elisabeth Mataio.

Tanzania recibió 714.367 turistas en 2009, según los registros del Ministerio de Recursos Naturales y Turismo. Un plato que deja succulentos ingresos y al que algunos masáis también pretenden sacarle provecho. La tentación es evidente pero no tanto quién se sirve el trozo más grande. “Los beneficios económicos que reporta el turismo a la población autóctona son muy bajos por el sistema de distribución de los mismos y porque la mayor fuente de ingresos es su desestructurada actividad en forma de venta ambulante. No obstante, el número de cabezas de ganado está en declive y algunos masáis se están adaptando a un modo de vida más sedentario, lo que abre enormes posibilidades para la participación de la riqueza que genera el turismo”, explica Mataio.

Moses Ndiyaine, pastor de cabras y ovejas además de universitario, es una de las voces más duras. Es una de las voces autorizadas del Consejo Pastoral, el organismo que representa a los masáis: “Como pastores nómadas recibimos muy pocos beneficios, o ninguno, del turismo. Oficialmente, la Autoridad del Área de Conservación del Ngorongoro (NCAA, en sus siglas inglesas) recauda 40 billones de chelines tanzanos al año (19 millones de euros). De todo ese dinero, la parte que se dedica a paliar las necesidades de la comunidad masái es mínima: ¡un millón de chelines (500 euros) y somos 32.000 masáis los que vivimos en el cráter!”.

Punto de partida de los safaris, no es difícil perderse entre las desordenadas calles de la ciudad de Arusha y ser abordado por “tanzanos disfrazados de masáis” –como los llama Ndiyaine- vendiendo al mejor postor utensilios y ornamentos usados por la tribu guerrera, incluyendo historias y anécdotas personales. “Hay masáis que conservan muy poco de nuestra cultura una vez que migraron a la ciudad por estudios o en busca de empleo, generalmente como guardas de seguridad. La vida no es mejor para los que nos hemos quedado, pero tampoco creo que lo sea para aquellos que se fueron; están lejos de los suyos y han perdido el concepto de familia extensa para abrazar un modelo de familia nuclear que no nos pertenece. Están perdidos sin saber quién son”, explica Ndiyaine.

Desafíos globales y modernos

Los masáis no permanecen ajenos a las contradicciones y paradojas que implica ser guerrero en el año 2010. Uno de los principales problemas que asolan a la población masái en Tanzania, sobre todo en el Área de Conservación del Ngorongoro (NCA) es la escasez de agua, que en las secas tierras de la antigua Tanganica se ha convertido para ellos en una auténtica pesadilla.

Y el Gobierno de este país, presionado por compañías de safaris que exigen vía libre para sus negocios, ha obligado a algunos masáis a abandonar sus tierras. La expulsión llega a veces precedida por métodos violentos, como la quema de poblados en Loliondo, según han denunciado en repetidas ocasiones organizaciones como Survival International y han publicado medios tan diversos como la agencia de noticias Zambia News y el periódico británico *The Observer*. “Desde la época colonial, la mayor parte de lo que fuera territorio masái ha sido usurpado por haciendas o granjas privadas para proyectos gubernamentales, parques naturales o concesiones privadas de caza. En general, conservan sólo las áreas más secas y menos fértiles”, explica Survival España en su portal electrónico.

La escolarización es otro problema que espera todavía solución definitiva. Los colegios quedan demasiado lejos, con frecuencia a más de dos horas a pie. Y la generalizada práctica del nomadismo tampoco ayuda a la hora de seguir el curso escolar. “Todavía se cuentan por unas pocas decenas los masáis que tienen estudios universitarios y hasta el año 1952 no hubo en el país masái una sola escuela de grado medio”, escribe Javier Reverte en *El sueño de África*.

Los masáis luchan hoy por “saber lo qué es nuestro y quiénes somos. Y después, por ganar visibilidad y posicionarnos en los foros apropiados. Que se escuche nuestra voz, que se oigan nuestras quejas sobre el uso de la tierra. Tenemos que hablar como un solo pueblo y ponernos en el centro del debate global”, resume Ndiyaine, quien critica tanto “al Gobierno nacional que, cargado de prejuicios, nos ve sólo como el pasado” como a la comunidad internacional: “dejando aparte determinados foros sociales que defienden nuestra causa, la gran mayoría de la población no muestran el más mínimo interés por la cuestión del pueblo masái. Somos para ellos cromos exóticos en un álbum de fotos”.

El periodista y director de proyectos de la iniciativa Muruna (Mundo Rural natural), Benigno Varillas, trabaja desde 2007 con los masáis y actualmente es uno de los pocos extranjeros que viven en el Área de Conservación del Ngorongoro. Lucha por facilitar a los masáis un modelo para pasar del pastoreo a la sociedad de la información, manteniendo sus actividades y costumbres de forma que compatible con la vida silvestre: “El Gobierno estaba esperando a las elecciones para echar a los masáis a escupitajos. Están condenados a

desaparecer, igual que otros pueblos primitivos de cazadores. Que se creen reservas para ellos no cambia nada porque luego aparecen diamantes, petróleo o incluso turismo, como es el caso, y les acaban echando. Tenemos un margen de cinco o diez años pero no más”, lamenta.

El horizonte se desplaza al paso de quien se mueve y los masáis han hecho suyo el credo de que seguir a las multitudes equivale a perder el camino. Hoy tal vez tengan un poco de todos los otros. Pero hay algo que les diferencia del resto: son guerreros y han emprendido la más ardua de todas sus batallas: congelar el tiempo. Lo que uno se cuestiona cuando vive un tiempo en Tanzania y conoce de cerca a los masáis es la naturaleza de sus actuales enemigos. ¿Han dejado paso las batallas contra luos, kikuyos, árabes y británicos a la actual guerra contra el turismo de masas, que no ve en ellos sino a reliquias del zoo gigante en el que algunos quieren convertir el oriente africano?



Pie de foto: Un joven masái dirige con soltura un hato de vacas en Ngorongoro / J. Marcos